

—¿Quién os lo proporcionará? Los mas grandes entre los que saben, piensan, cantan y escriben. Del mismo modo que se tenia á honra, siglos atras, el instruir á las cortes, dirigirse á los reyes, agradar á las eminencias, únicas ilustradas del mundo entonces, así será un honor y una virtud muy pronto el instruir á los pequeños, hablar á las masas y complacer al pueblo honrado, en el que el gusto de lo bueno y de lo bello se propagará con la instruccion y por medio de la lectura. La gloria cambiará con el auditorio y nada mas. Primero estaba arriba, despues estará abajo. El genio, por su naturaleza, tiende á volverse siempre hácia el lado de la gloria. ¿Llegará á ser la gloria el nombre de un escritor en los lábios de vuestras mujeres, de vuestros niños, de vuestros ancianos, en vuestras chozas, en vuestras aldeas, en vuestros talleres? ¿Qué interes se tiene en ser leído? Ciertamente que el de ser admirado, algunas veces, pero con mayor frecuencia el de ser comprendido, sentido y amado por los que nos leen.

Por ventura, ¿no será mas grato para un poeta tener sus versos en la memoria de treinta ó cuarenta millones de hombres, que en los estantes de cinco ó seis mil bibliotecas? ¿No deberá satisfacer mas á un escritor el ser de la familia de esos cuarenta millones de hombres, el estar sobre su mesa, en su taller, sobre su carro, en su hogar, que tener un asiento en una academia de cuarenta escritores como él, y una pension de una corte ó sobre el presupuesto de un ministro? ¿Qué os parece de esto? Vamos, preguntároslo á vos misma. ¿Qué os agradaria mas, saber que andaban vuestros versos en boca de un millon de niños, que recitan vuestras estrofas al fin de sus plegarias, ante las rodillas de sus madres, ó verlos impresos en buen papel y encuadernados con lujo en los estantes de algunos aficionados á la poesia?

—¡Oh! prefiero la memoria de los niños y de los pobres. ¡Es una edicion viviente!

—Añadid; y amante, —la repliqué.

—Sí, y en último resultado no hay mas que eso, ¿no es cierto, señora? —dijo Reine volviéndose hácia mi mujer. —Toda gloria

que no soporta la amistad, es grano que no germina, fuego que no calienta. El señor tiene razon.

XXVI.

Me propuse ir mas adelante y explorar el verdadero gusto y el verdadero sentimiento literario del pueblo, en el corazon mismo de aquella escelente mujer, nacida entre los criados y colocada entre los artesanos.

—¿Cuál creéis que deberia ser, señorita Reine, la indole de las obras que convienen á las costumbres, á los sentimientos, al espíritu de las personas de vuestra condicion? ¿Qué libros os parecen los mejores y primeros que se deberian componer para los campesinos, los criados, los artesanos, sus mujeres, sus hijos, para todos aquellos que, en una palabra, tienen poco que leer, y que, sin embargo, hasta ahora han leído poco?

—¡Ah! señor, no lo sé; y me parece muy difícil el decirlo. Para tener gusto es preciso antes haberle ejercitado.

—Bien; pero juzgad por vos misma y respondedme. ¿Cuál obra seria la que arrebatare, ocupara ó hiciese una impresion viva y fuerte en vuestra alma, tal como ahora es ó como seria antes de haber leído los libros que os prestaron?

¿Seria una filosofia agradable, religiosa y racional á un tiempo, que demostrase en máximas cortas, sublimes, claras como el rayo del sol, los grandes principios de la sabiduria humana, y de la virtud perfeccionada de siglo en siglo en la inteligencia y en la conciencia del género humano; un catecismo del pensamiento de los hombres?

—Sí, —contestó Reine sin demostrar entusiasmo, — eso no me parece mal. Pero las máximas... son una cosa un poco fria para nosotros: son ideas en trozos que la mano hace mover un momento para verlas brillar; pero no son personas. Y lo que á nosotros mas nos gusta son personas, porque se las puede amar ó aborrecer; pero con las ideas no se puede hacer nada de esto; son una

cosa muerta. Nos agradaría mas otra cualquiera cosa.

—Una buena historia universal,—la dije,—muy clara, muy lógica, bien hecha, coordinada como las hojas de ese plátano que está delante de vos, en el cual las raíces parten de la tierra, el tronco de las raíces, las ramas del tronco; y donde se os convidase á ver unas tras otras todas las grandes familias de la especie humana, desde los primeros tiempos hasta hoy, con los progresos y decadencias, las muertes y las resurrecciones de las razas humanas, de las ideas, de las religiones, de las instituciones, de las artes, de los oficios. ¿Sería de vuestro gusto esto?

—No, en lo general; eso agradaría á los jóvenes algo instruidos y á los viejos curiosos; pero las masas, las mujeres, las doncellas, los niños no leerían mucho semejante libro. Estaría muy distante de nosotros, no nos interesaría, pasaría ante nuestros ojos como un torrente que llegara á aturdir nuestra imaginación; preferiríamos una corta cantidad de agua cogida en un manantial mas pequeño y mas á nuestro alcance. Lo que es grande, en serlo se parece al cielo, pero el cielo es confuso, y como suele decirse, allí únicamente se ven estrellas.

—¿Tal vez un compendio de todas las ciencias y artes, explicado con sencillez y claridad, de modo que os diese á conocer cuanto el hombre ha descubierto, inventado, imaginado, perfeccionado en todos los ramos de las artes y de la industria? Esto os daría una idea de vosotros mismos, un respeto hácia vuestras facultades, un deseo de llegar siempre á algo mejor, una emulación de un siglo á otro siglo, y destruiría muchas ideas falsas que teneis sobre fenómenos naturales ó artificiales, los cuales os parecen sortilegios.

—Decis bien, pero eso únicamente gustaría á los que fuesen estudiosos, y habeis de tener en cuenta, que, á nosotros nos falta el tiempo para estudiar solo por estudiar. Además que, después de haberlo leído, ¿qué nos quedaría en el alma? Un aluvion de palabras, de líneas, de cosas, de hechos y de máquinas que se confundirían en la imaginación. Bastante tiene cada uno con aprender

su oficio, sin necesidad de estudiar los de los demás.

—¿Poemas excelentes como los de Virgilio, de Homero, de Tasso, que refieren en verso las batallas de los héroes, los asaltos, los incendios de las ciudades, las derrotas de los ejércitos, las conquistas de los pueblos?

—Tampoco leeríamos nada de eso, señor. Lo que decís sería muy bueno para en tiempo de los griegos y de los romanos, cuando las naciones no pensaban mas que en pelear, y cuando los pueblos creían toda clase de fábulas, de dioses, de diosas, de personas bajadas del cielo para luchar los unos contra los otros. Ahora ya el pueblo no cree en estas fantasías de poetas; quiere que los suyos canten lo verdadero y lo bueno, ó no les presta atención.

—¿Acaso buenas novelas, donde aparezcan caballeros y señoras que se aman, que se hablan, que se escriben cartas de amor, que se engañan, que riñen, que se reconcilian, y que concluyen después de cuatro tomos de intrigas y de aventuras, por casarse y por vivir ricos y dichosos en un magnífico palacio de Paris ó de Londres?

—Lo mismo sería eso para nosotros que oír hablar el idioma de la China ó del Japon, no entendemos absolutamente nada. Novelas de criadas ó de costureras serían las que leeríamos con gusto. Y no hay duda que tenemos muchos escritores que se ocupan en componer libros de esta clase; pero mas valdría que no compusieran ningunos, ó al menos que lo hicieran de otra suerte. Porque aquellos son la peste mas temida de las madres de familia pobres y honradas; continuamente tienen que andar registrando los bolsillos de sus hijos ó de sus hijas, para ver si hay en ellos esos perversos libritos y arrojarlos á las llamas. ¿Es posible que se encuentren escritores de talento, que se ocupen en introducir este veneno en el corazón de los jóvenes, del mismo modo que si se pusiera arsénico en las flores de un ramillete, para que el que quisiera perfumar sus sentidos aspirara sin conocerlo la muerte? Nuestra mayor desgracia consiste, sobre todo, en que tenemos muchos libros, pero libros que nos perjudican. Y después se estrañan de

que los padres vendan á sus hijos! ¿Mas quién ha reunido con lo que se los compra, sino ellos con sus novelas á dos cuartos?

—¿Por ventura historias sencillas, verdaderas, y al propio tiempo interesantes, tomadas de los hogares, de las costumbres, de los hábitos, de las profesiones de las familias, de las miserias, de las dichas, y escritas casi en el idioma del mismo pueblo; especie de espejo sin marco de su propia existencia, donde se viese en toda su sencillez y en todo su candor; pero el cual, en vez de reflejar sus groserías y sus vicios, reflejase preferentemente sus buenos sentimientos, sus trabajos, sus sacrificios y sus virtudes, para inspirarle mejor la estimacion de sí propio, y el deseo de su perfeccionamiento moral y literario?

—¡Ah señor! —esclamó Reine, —estoy en que esos son verdaderamente los libros que interesarian á los artesanos, especialmente á sus mujeres y á sus hijas. Y como sabeis muy bien, la mujer es el sentimiento de toda la familia; por lo tanto, cuando la mujer ó la hija de la casa leen un libro, es igual que si su padre y sus hermanos lo hubiesen leído. Somos el corazon de la casa, lo que nosotras amamos, hasta las paredes lo aman.

—En las escuelas solo se aprende á dirigir el entendimiento; el director del alma está en el hogar. La madre, la mujer, la hija ó la hermana del trabajador honrado, son sus verdaderas musas, segun el nombre que se les da á estas inspiraciones interiores en la academia de Marsella. Lo que inspiran ellas es respirado por todos los parientes y por todos sus amigos, con preferencia á cualquiera otra cosa. Ellas son, como yo lo he visto repetidas veces en las tertulias de las familias de trabajadores, las que eligen el libro, encienden la luz los domingos, y dicen: «Voy á leeros una historia; estadme atentos.»

—¿Y habria que tomar esas historias de personajes de la condicion misma de los que las leen?

—Sí, señor, de lo contrario faltaria la atencion: todos dirán: «Esto se eleva á mayor altura que nosotros, ¿qué nos importa?»

—¿Deberian ser verídicas?

—Sí, señor. Las obras de imaginacion nos gustan poco, porque bien mirado, nosotros no tenemos mucha. Unicamente nos interesamos por la verdad, y ella sola es nuestra poesia; como que vivimos en medio de realidades.

—Tambien deberian ser muy sencillas y muy naturales, para que no contuviesen sucesos ni aventuras de esos que salen de la marcha ordinaria de las cosas.

—Sí, señor, como que apenas hay aventuras ni sucesos extraordinarios en nuestra vida, pues solos dos ó tres sentimientos forman nuestra cabal existencia.

—Deberian ademas estar en prosa.

—Sí, señor, es mas conveniente para nosotros, que queremos que se nos hable del modo que nosotros amamos. Los poetas deberian guardar sus versos para los cánticos, para las plegarias, ó bien á mi ejemplo, para llorar á los muertos, para echar de menos á los ausentes, para recordar las antiguas memorias, para gemir sobre las separaciones eternas, porque en los versos no se habla, no se refiere, sino que se llora, se canta y se ruega como con una voz que solo sale del corazon cuando este se encuentra extraordinariamente herido ó agitado.

—Los tales libros deberian ser sumamente baratos, ¿no es verdad? Con el objeto de que una noche de lectura costase al artesano lo mismo que una noche en la taberna.

—¡Sí, sí! —dijo Reine haciendo con la cabeza señales de aprobacion; —el libro que deseamos no debia ser mas caro que una botella de vino, un juego de naipes, una taza de café, ó una pipa. El padre ó el hermano de la familia dirian entonces: «Hé aquí una botella que voy á beber, ó una pipa que voy á fumar solo, y que cuando las haya concluido no dejarán nada en el vaso ó en la pipa: mientras que al otro lado tengo un volumen de lectura que entretendrá á mi mujer, á mis hijos, á mí, el cual no saldrá de la casa, y dejará en cambio placer en la memoria, dulces lágrimas en los ojos, buenos sentimientos en el corazon. ¿Cuál deberé comprar?» Y preferirá el volumen, señor, como no sea un

egoista, un hombre duro, ó un vicioso. Además, hará un cálculo muy sencillo si piensa bien. Dirá: «Si me marcho á pasar la velada fuera de casa, en los sitios públicos, acaso me gastaré el salario de uno ó de dos días; mientras que si me estoy con mis hijos y mis vecinos en casa, oyendo leer un buen libro, solo gastaré la luz y habré economizado mi dinero, enriqueciendo mi inteligencia y mejorando mis costumbres.» ¿No es cierto?

—Muy cierto; y únicamente vos que conocéis el precio del tiempo del trabajador, podiais hacer una reflexion semejante. Por lo tanto, esos libros deberían ser cortos, ¿es verdad?

—Sí, señor; de modo que su lectura completa no durase mas que la luz de una velada, porque los obreros no tienen mas tiempo que el domingo para consagrarse á los libros, y si la historia no estuviese concluida antes de acostarse, el trascurso de la semana la haria olvidar.

El domingo venidero no se sabria dónde se habia quedado, ni se recordarian ya los nombres ni las cosas. Únicamente las personas desocupadas pueden leer obras de muchos volúmenes; tienen su placer por mayor como el tendero sus provisiones. Pero nosotros no lo podemos tomar sino por menor: una onza de sal, una página de sentimiento, una gota de lágrimas. Cuarto por cuarto; así es el pueblo, y hay que tomarlo como Dios lo ha hecho.

XXVII.

Esta conversacion me hizo concebir la idea de un ensayo, para llevar á efecto, aunque sin perfeccion, el programa de aquella interesante jóven, por medio de algunas historietas en prosa y de algunos cantos populares en verso, consagrados á los domingos del pueblo codicioso de lectura, y el cual carece aun de escritores propios.

He vivido durante mucho tiempo en compañía de los campesinos, de los marineros, de los trabajadores, de los buenos y fieles criados que forman parte de nuestras familias: he pasado muchas

horas en las cabañas, en los cuarteles, sobre el puente de los buques, en la orilla de los caminos, en las montañas con los pastores, detras del arado con el trabajador, en los viñedos con los viñadores, hablando íntimamente con todas estas inteligencias candidas, sencillas y buenas, cuyo lenguaje, costumbres y sentimientos, me son mas familiares que los de los salones. Ante mí se han deslizado siete ú ocho vidas oscuras, y aun casi he sido su confidente, llenas de interes de dolores ó de felicidades ocultas, que si fuesen referidas como fueron sentidas, serian poemitas verdaderos del corazón humano. Conozco los lugares, los sucesos y los actores. Procuraré describirlos con la misma sencillez con que me han sido contados. Los publicaré uno á uno en volúmenes sueltos y baratos, sin lujo de papel ni de impresion, para que puedan comprarlos las familias de artesanos mas indigentes.

No los escribiré con pretensiones de estilo, ni esfuerzo de talento, ni espíritu de sistema: solamente la naturaleza, nada mas que la naturaleza, y siempre la naturaleza. Dentro de esta se halla todo el genio para una clase semejante de producciones. El pueblo se inspira con ella mas de cerca que nosotros: y cuando se la encuentre en estos cuadros sin arte, le agradarán y querrá otros. Manos mas libres y mas modernas le darán tantos y mas que apetezca. Habráse hecho el boceto de la literatura popular, que no puede empezar ni concluir sino por obras de sentimiento, pues del mismo modo que las clases literatas de la poblacion son inteligencia, las iliteratas son únicamente sentimiento. Por el sentimiento, pues, hay que elevar al pueblo al gusto y al cultivo de las letras. El evangelio del sentimiento es igual al evangelio de la santidad; debe ser predicado primeramente á los sencillos y en un lenguaje tan tierno como el corazón de un niño.

XXVIII.

El plan que yo trazaba delante de la costurera de Aix, me hizo recordar algunas páginas que tenia escritas de años atras, co-